

---

HAYDEN WHITE  
*El contenido de la forma.*  
*Narrativa, discurso y representación histórica*

Barcelona, Paidós, 1992, 229 pp.

¿Podemos alguna vez narrar sin moralizar? Este es el interrogante con que finaliza el primero de los ocho artículos recogidos por Hayden White en *El contenido de la forma*<sup>1</sup> y que nos sirve para enmarcar las reflexiones que su libro plantea.

No es la primera vez que White analiza el valor de la narratividad y el problema de cómo traducir el conocimiento en relato, especialmente en relación al discurso histórico. Si en su obra anterior<sup>2</sup> nos descubría que la Historia es una historia, un relato mucho más de lo que estamos dispuestos a admitir, a partir de las obras fundantes del siglo XIX, en *El contenido de la forma* abre sus consideraciones a la teoría historiográfica actual y pierde el excesivo reparo con que había delimitado el ámbito de la Historia respecto del de la ficción.

En esta ocasión, el autor parte de la premisa de que la narración histórica, más allá de una inocente forma de discurso o un código cultural entre otros, impone contenidos previos sobre la materia que actualiza, en un proceso análogo al que opera la literatura con sus materiales.

Cualquier conjunto de acontecimientos reales puede ser dispuesto de diferentes maneras, puede soportar el peso de ser contado en diferentes tipos de relato. Dado que ninguna secuencia posee intrínsecamente una estructura trágica, cómica, o propia de la farsa, sino que puede construirse como tal sólo en

<sup>1</sup> Trad. cast. de *The Content of the form: narrative discourse and historical representation*, London, Johns Hopkins University Press, 1987.

<sup>2</sup> Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (1973). Trad. cast. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992.



virtud de dotarla de cierta organización, es la elección del tipo de relato y su imposición a los acontecimientos lo que dota de significado a éstos. Su categorización como modelos de narración y su conceptualización histórica dependen finalmente, de la naturaleza preconcebida y específicamente poética del punto de vista adoptado sobre la Historia y sus procesos.

Este valor atribuido a la narratividad surge del deseo de que los acontecimientos reales revelen la coherencia e integridad de una imagen de la vida que es y sólo puede ser imaginaria. Para comprobar esta «moral de la forma», White compara las representaciones históricas narrativas con las no narrativas, de tal forma que anales y crónicas no resultan propuestas históricas fallidas, sino productos particulares de determinadas concepciones de la realidad histórica. Si a nuestros ojos resultan vacías, se debe a su falta de análisis; si las consideramos ciegas, es por su ausencia de narratividad.

Incluso en estas representaciones subyace un tipo de noción de realidad, aunque distinto a la exigencia de cierre, es decir, a la valoración de las secuencias en cuanto a su significación, que se acabará imponiendo en el relato histórico.

Esta imposición de «cierre» se desarrolla paralelamente a la supremacía de la narratividad como práctica de representación favorecida por la historia, especialmente adaptada para producir las nociones de continuidad, totalidad e individualidad que toda sociedad *civilizada* desea considerar que encarna, frente al caos de la forma de vida meramente *natural*. White explica el atractivo de este modo de discurso al subrayar en qué medida hace deseable lo real, convierte lo real en objeto de deseo y consigue otorgar, a los acontecimientos que se presentan como reales, la coherencia formal que poseen las historias.

El problema surge cuando el discurso histórico plantea estas nociones como valores y como categorías intrínsecas de la realidad de tal manera que, encubriendo sus afanes morales, dota a los acontecimientos de la historia de una significación que se pudiera interpretar de forma objetiva. Cuando se identifica esta moralidad con las prácticas reales de la sociedad a la que pertenece el lector, estas nociones y las prácticas representativas que las proyectan como base para comprender correctamente la realidad pueden denominarse ideológicas, en el sentido analítico más amplio en el que Althusser formuló este concepto.

A raíz de estas formulaciones generales, que White presenta en sus tres primeros capítulos, surgen una serie de núcleos temáticos concomitantes que el autor retomará en capítulos sucesivos, en los que analiza la obra de Droysen, Foucault, Jameson y Ricoeur.

De Droysen destaca precisamente cómo, frente a los pensadores históricos del siglo XIX, este autor percibe la función constructivista y esencialmente



práctica de la reflexión histórica, y cómo reconoce a la historia como un discurso, más que como un proceso objetivo, en el que esta función ideológica funciona como meta o propósito.

Por otro lado, White se pregunta en varias ocasiones si el estatuto narrativo de la Historia le resta «cientificidad», pues una disciplina que produce relatos de su objeto como un fin parece teóricamente poco sólida. De hecho, los teóricos marxistas no estudian el pasado para construir lo que aconteció en él, sino para deducir las leyes de su dinámica. También, en la historiografía más reciente, el uso continuado por parte de los historiadores de la narración se ha considerado un índice de fracaso, tanto a nivel metodológico como teórico.

En el capítulo dos, el autor repasa las principales tendencias de este debate: la posición de los filósofos analíticos, de los historiadores orientados hacia las ciencias sociales (como el grupo francés de los *Annales*), de los teóricos de tendencia semiológica o hermenéutica. Las formulaciones marxistas de Jameson ocupan el capítulo seis.

White reconoce que la historiografía narrativa comparte su sistema de producción de significado (los modos de entramado) con la literatura y el mito, puesto que los tres son destilaciones de la experiencia histórica de los pueblos. Pero esto no es razón suficiente para negarle un valor de verdad sustancial, sino para considerarla un producto de *allegoresis*, es decir, como un discurso que dice una cosa y significa otra.

El interés de White por resaltar esta tropología radica precisamente en recuperar la verdad que se puede transmitir en términos figurativos. La distinción clave no se basa en la lógica de lo verdadero y lo falso (que pertenece al orden del discurso, no de los acontecimientos), sino de lo real y lo imaginario, que afecta a ambos: «Se puede crear un discurso imaginario sobre acontecimientos reales que pueda ser no menos verdadero por el hecho de ser imaginario» (74), con lo que la cuestión de la narrativa en la discusión de la teoría histórica se convierte en una discusión sobre la función de la imaginación en la génesis de la verdad.

Lo que reclama White en estas formulaciones es una vuelta a la retórica, la forma más antigua de crítica literaria, tal y como ha sido propugnada por otros autores como Barthes, Paul de Man o Terry Eagleton. Como Foucault, considera que la tropología constituye la base de la *Episteme* de una época, tal como expone en el capítulo cinco, aunque señala que este autor no ha elaborado sistemáticamente este acercamiento y se coloque más cerca de Ricoeur, a quien dedica el capítulo siete.

La vuelta a la retórica en White no significa recuperar un formalismo simplemente interesado en analizar recursos lingüísticos o recuperar una cierta

noción vacua de «estilo». Significa desplazar el interés hermenéutico del contenido del texto a sus propiedades formales, concebidas como un proceso dinámico de cambio de código que establece una determinada subjetividad en el lector. Se trata de considerar «el contenido de la forma» y, por lo tanto, priorizar «la producción del significado más que por el significado producido, por procesos del texto más que por el texto producido» (218), en un rastreo que indaga las articulaciones constructivas del efecto de realidad.

Estas consideraciones permiten, según White, superar el problema texto/contexto, en la medida en que el contexto está ya en el texto en sus modalidades retóricas, tal como lo plantea en su último capítulo. Con ello White entra también en el debate que surge una y otra vez en el campo teórico, que opone la crítica intrínseca a la extrínseca, cuya polémica condensó De Man en la cita tomada de Yeats: «¿Cómo distinguir la bailarina de la danza?»

A partir del análisis de *La educación de Henry Adams*, White muestra cómo el contexto proporciona recursos para desvelar la producción del tipo de significados. No se trata de imponer la información que poseemos de ese contexto al texto, sino de analizar en qué medida ese contexto proporciona los recursos significativos que el texto revela y, de este modo, descubrir el poder del texto como proceso simbolizador en el circuito cultural.

En la propuesta final de White se percibe una reorientación de la labor crítica que, superando las viejas concepciones filológicas, recupera lo específico de esta actividad –recupera el texto– y coloca esta práctica en un lugar significativo dentro de la cultura.

Además de esta propuesta, hay que agradecerle a White la labor recopilatoria que con tanto rigor presenta el estado de la cuestión de cada uno de los temas que articulan su libro, o el exhaustivo análisis de los autores en los que centra su estudio. A pesar de que este rigor lo lleva en algunos casos a ser más expositivo que resolutivo, sus sistemáticas presentaciones facilitan precisamente esa labor de cultura que el autor nos sugiere.

Sus artículos terminan, en más de una ocasión, con una afirmación en forma de pregunta. En un autor que considera crucial la forma en que se cierran los discursos, es significativo que acuda al modo interrogativo, a un final que en realidad no clausura sino que se detiene justo en el meollo al que tan sagazmente nos ha sabido llevar, suspendiendo así el vértigo de la interpretación.

NURIA GIRONA  
*Universitat de València*

